

Once falsas pistas sobre el clima

Michael Lowy

Tomate de:

https://blogs.mediapart.fr/michael-lowy/blog/270822/onze-fausses-pistes-sur-le-climat?fbclid=IwAR3Qd9vtCCe1S7hNchlIvw5o49CSj_OKmcOY-5sOC84BMXyuRJCEBDHcApg

Encontramos en los diversos discursos sobre el clima un gran número de perogrulladas, repetidas mil veces en todos los tonos, que constituyen pistas falsas. Estos conducen, voluntariamente o no, a ignorar los problemas reales o a creer en pseudosoluciones.

No me refiero aquí a los discursos negacionistas, sino a los que se dicen “verdes” o “sostenibles”. Se trata de afirmaciones de muy diversa índole: unas son manipulaciones reales, *fake news*, mentiras, mistificaciones; otras son verdades a medias, o un cuarto de verdad. Muchos están llenos de buena voluntad y buenas intenciones, material con el que, como sabemos, está pavimentado el camino al infierno. Es en este camino en el que nos encontramos: si continuamos con *los negocios como siempre* -incluso pintados de verde- dentro de unas décadas nos encontraremos en una situación mucho peor que la mayoría de los círculos del infierno descritos por Dante Alighieri en su *Divina Comedia*.

Los siguientes once ejemplos son solo algunos de estos lugares comunes que se deben evitar.

Tenemos que salvar el planeta.

Se encuentra en todas partes: en las vallas publicitarias, en la prensa, en las revistas, en las declaraciones de los líderes políticos, etc. De hecho, es una tontería: ¡el planeta Tierra no está en peligro! Sea cual sea el clima, seguirá girando tranquilamente alrededor del sol durante los próximos millones de años. Lo que está amenazado por el calentamiento global son *múltiples formas de vida* en este planeta, incluida la nuestra: la especie Homo Sapiens.

“Salvar el planeta” da la falsa impresión de que es algo que está fuera de nosotros, en algún otro lugar, y que no es directamente relevante para nosotros. No se le pide a la gente que se preocupe por su vida, o la vida de sus hijos, sino por una vaga abstracción, “el planeta”. No es de extrañar que la gente menos politizada reaccione diciéndose a sí misma: estoy demasiado ocupado con mis problemas para preocuparme por “el planeta”.

Actúa para salvar el planeta

Este lugar común, infinitamente saciado, es una variante de la fórmula anterior. Contiene una verdad a medias: todos deben contribuir personalmente a evitar la catástrofe. Pero transmite la ilusión de que basta con acumular “pequeños gestos”: apagar las luces, cerrar el grifo, etc. - para evitar lo peor. Esto elimina -conscientemente o no- la necesidad de *profundos cambios estructurales* en el actual modo de producción y consumo; cambios que ponen en entredicho los cimientos mismos del sistema capitalista, basados en un único criterio: la maximización de la ganancia.

El oso polar está en peligro.

Es una foto que encuentras en todas partes, repetida hasta el infinito: un pobre oso polar tratando de sobrevivir entre bloques de hielo a la deriva. Ciertamente, la vida del oso polar -y de muchas otras especies de las regiones polares- está amenazada. Esta imagen puede despertar la compasión de algunas almas generosas, pero para la mayoría de la población es un asunto que no les concierne.

Sin embargo, el derretimiento del hielo polar es una amenaza no solo para el valiente oso polar, sino a largo plazo, para la mitad, si no más, de la humanidad que vive en las grandes ciudades junto al mar. El derretimiento de los inmensos glaciares de Groenlandia y la Antártida puede elevar el nivel del mar unas pocas decenas de metros. Sin embargo, unos pocos metros son suficientes para que ciudades como Venecia, Ámsterdam, Londres, Nueva York, Río de Janeiro, Shanghái, Hong Kong queden sumergidas. Es cierto que esto no sucederá el próximo año, pero los científicos solo pueden notar que el derretimiento de estos glaciares se está acelerando... Es imposible predecir qué tan rápido tendrá lugar, muchos factores son por el momento difíciles de calcular. Al destacar solo al pobre oso polar, ocultamos que es un asunto terrorífico que nos concierne a todos...

Es probable que Bangladesh sufra mucho por el cambio climático

Es una verdad a medias, llena de buena voluntad: el calentamiento global afectará principalmente a los países pobres del Sur, que son los menos responsables de las emisiones de CO₂. Es cierto que estos países serán los más afectados por desastres climáticos, huracanes, sequías, reducción de fuentes de agua, etc. Pero es falso que los países del Norte no se verán afectados, en muy gran medida, por estos mismos peligros: ¿no hemos sido testigos de terribles incendios forestales en los Estados Unidos, en Canadá, en Australia? ¿No se han cobrado muchas víctimas las olas de calor en Europa? Los ejemplos podrían multiplicarse.

Si mantenemos la impresión de que estas amenazas conciernen sólo a los pueblos del Sur, sólo podremos movilizar a una minoría de internacionalistas convencidos. Sin embargo, tarde o temprano es *toda la Humanidad* que se enfrentará a desastres sin precedentes. Hay que explicar a las poblaciones del Norte que *les pesa esta amenaza también* muy directamente.

Alrededor del año 2100, es probable que la temperatura suba a 3,5 grados (por encima del período preindustrial).

Esta es una afirmación que está, por desgracia, en muchos documentos serios. Esto me parece un doble error. Desde un punto de vista científico: sabemos que el cambio climático no es un proceso lineal: puede experimentar "saltos" y aceleraciones repentinas. Muchas dimensiones del calentamiento global tienen retroalimentaciones, cuyas consecuencias son impredecibles. Por ejemplo: los incendios forestales emiten enormes cantidades de CO₂, lo que contribuye al calentamiento global, intensificando así los incendios forestales. Por lo tanto, es muy difícil predecir lo que sucederá dentro de 4 o 5 años. ¿Cómo podemos pretender prever un siglo después?

Desde un punto de vista político: al final del siglo, todos estaremos muertos, así como nuestros hijos y nietos. ¿Cómo movilizar la atención y el compromiso de las personas por un futuro que no les concierne, ni directa ni indirectamente? Entonces, ¿debemos preocuparnos por las generaciones futuras? Noble pensamiento, largamente argumentado por el filósofo Hans Jonas: nuestro deber moral hacia los que aún no han nacido. Una pequeña minoría de personas muy respetables podría verse afectada por este argumento. Para el común de los mortales, lo que sucederá en el 2100 no es un asunto que les interese demasiado.

En 2050, lograremos la neutralidad de carbono.

Esta promesa de la Unión Europea y de varios gobiernos en Europa y en otros lugares no es una verdad a medias, ni una buena voluntad ingenua: es una pura y simple *mistificación*. Por dos razones : En lugar de comprometerse *ahora, de inmediato, con los cambios urgentes* exigidos por la comunidad científica (el IPCC) para los próximos 3 o 4 años, nuestros gobernantes prometen maravillas para 2050. Obviamente, es demasiado tarde. Además, como los gobiernos cambian cada 4 o 5 años, ¿qué garantía para estos compromisos ficticios en 30 años? Es una forma grotesca de justificar la inacción presente con una promesa vaga y lejana.

Además, la "neutralidad en carbono" no significa una reducción drástica de las emisiones, ¡sino todo lo contrario! Este es un cálculo engañoso basado en *compensaciones*, "mecanismos de compensación": la empresa XY continúa emitiendo CO₂, pero planta un bosque en Indonesia, que se supone que absorberá el equivalente de este CO₂, si no se incendia. Las ONG ecologistas ya han denunciado suficientemente la farsa de las *compensaciones*, no insisto. Pero muestra la perfecta *mistificación* contenida en la promesa de "carbono neutralidad".

Nuestro banco (o petrolera, etc.) financia energías renovables y participa así en la transición ecológica.

Este lugar común de *lavado verde* es también una cuestión de engaño y manipulación. Es cierto que los bancos y las multinacionales *también invierten* en energías renovables, pero estudios precisos de ATTAC y otras ONG han demostrado que se trata de una pequeña, a veces ínfima, parte de sus operaciones financieras: el mayorista sigue moviéndose hacia el petróleo, el carbón, el gas... Es una simple cuestión de rentabilidad y competencia por la cuota de mercado.

Todos los gobiernos "razonables" -a diferencia de Trump, Bolsonaro y compañía- también juran, en todos los tonos, que apuestan por la transición ecológica y las energías renovables. Pero en cuanto hay un problema con el suministro de energía fósil -gas últimamente, por la agresiva política rusa- nos refugiamos en el carbón, reactivando las centrales de lignito, donde imploramos a la (maldita) familia real de Arabia Saudí para aumentar la producción de petróleo.

Los bellos discursos sobre la "transición ecológica" esconden una desagradable verdad: no basta con desarrollar las energías renovables. En primer lugar, estos son intermitentes: el sol no siempre brilla en el norte de Europa... Es cierto que existen avances técnicos en este campo, pero no pueden resolverlo todo. Y, sobre todo, las renovables requieren recursos mineros que corren peligro de agotarse. Si el viento y el sol son bienes ilimitados, no ocurre lo mismo con los materiales necesarios para utilizarlos (litio, tierras raras, etc.). Será necesario, por tanto, prever una reducción del consumo global de energía y una disminución selectiva: medidas inimaginables en el marco del capitalismo.

Gracias a las técnicas de captura y secuestro de carbono se evitará la catástrofe climática.

Este es un argumento cada vez más utilizado por los gobiernos, y que incluso se puede encontrar en ciertos documentos serios (por ejemplo, del IPCC). Es la ilusión de una solución tecnológica "milagrosa", que salvaría el clima, sin necesidad de cambiar nada en nuestro modo de producción (capitalista) y en nuestra forma de vida.

Por desgracia, la triste verdad es que estas técnicas milagrosas de captura y secuestro de carbono atmosférico están lejos de ser una realidad. Es cierto que se han hecho algunos intentos, algunos proyectos están en marcha aquí y allá, pero por el momento no podemos decir que esta tecnología sea efectiva y operativa. Todavía no ha resuelto las dificultades ni de captura ni de secuestro (en regiones subterráneas impermeables a fugas). Y no hay garantía de que en el futuro pueda hacerlo.

Gracias al coche eléctrico reduciremos sustancialmente las emisiones de gases de efecto invernadero.

Este es otro ejemplo de una verdad a medias: ciertamente, los coches eléctricos son menos contaminantes que los térmicos (gasolina o diésel), y por tanto menos perjudiciales para la salud de los habitantes de las ciudades. Sin embargo, desde la perspectiva del cambio climático, su historial es mucho más variado. Emiten menos CO², pero contribuyen a un desastroso “todo con electricidad”. Sin embargo, la electricidad en la mayoría de los países se produce con... combustibles fósiles (carbón o petróleo). Las emisiones reducidas de los coches eléctricos son “compensadas” por el aumento de emisiones derivado del mayor consumo de electricidad. En Francia, la electricidad se produce mediante energía nuclear, otro callejón sin salida. En Brasil, son las mega represas las que destruyen los bosques y, por lo tanto, son responsables de un balance mediocre de carbono.

Si queremos reducir drásticamente las emisiones, no podemos escapar a una reducción significativa de la circulación de coches privados, gracias a la promoción de medios de transporte alternativos: transporte público gratuito, zonas peatonales, ciclovías. El coche eléctrico mantiene la ilusión de que podemos seguir como hasta ahora, cambiando de tecnología.

Es a través de mecanismos de mercado, como los impuestos al carbono, o los mercados de derechos de emisión, o incluso el aumento del precio de los combustibles fósiles, que lograremos reducir las emisiones de CO².

Entre ecologistas sinceros, es una ilusión; en boca de los gobernantes, sigue siendo una mistificación. Los mecanismos de mercado han demostrado en todas partes su completa ineficacia para reducir los gases de efecto invernadero. No se trata sólo de medidas antisociales, que quieren hacer pagar a las clases trabajadoras el precio de la “transición ecológica”, pero *sobre todo* son incapaces de contribuir sustancialmente a limitar las emisiones. El espectacular fracaso de los “mercados de carbono” instituidos por los acuerdos de Kioto son la mejor demostración de ello.

No es a través de medidas “indirectas”, “incentivadoras”, basadas en la lógica del mercado capitalista, que podremos frenar la omnipotencia de los combustibles fósiles, que impulsan el sistema desde hace dos siglos. Será necesario, en primer lugar, expropiar los monopolios capitalistas de la energía, para crear un servicio público de energía, que tendrá por objetivo la reducción drástica de la explotación de los combustibles fósiles.

El cambio climático es inevitable, solo podemos adaptarnos

Encontramos este tipo de afirmación fatalista en los medios de comunicación y entre los “líderes” políticos. Por ejemplo, el Sr. Christophe Béchu, Ministro para la Transición Ecológica en el nuevo gobierno de Macron, declaró recientemente: “Dado que no podremos prevenir el calentamiento global, sean cuales sean nuestros esfuerzos, debemos lograr limitar sus efectos mientras nos adaptamos a él”.

Esta es una excelente receta para justificar la inacción, la inmovilidad y el abandono de todo “esfuerzo” para tratar de evitar lo peor. Sin embargo, los científicos del IPCC han explicado claramente que, si bien el calentamiento ya ha comenzado, aún es posible no superar la línea roja de 1,5 grados, siempre que comencemos a reducir de manera muy significativa las emisiones de CO₂ de inmediato.

Eso sí, hay que intentar adaptarse. Pero si el cambio climático se sale de control y se acelera, la “adaptación” es solo un señuelo. ¿Cómo “adaptarse” a temperaturas de 50°?

Los ejemplos podrían multiplicarse. Todo lleva a la conclusión de que, si queremos evitar el cambio climático, debemos cambiar el sistema, es decir, el capitalismo, y reemplazarlo por otra forma de producción y consumo. Esto es lo que llamamos *Ecosocialismo* . Pero eso es tema de otro texto...